

Guerrero Obando: una poética de obsidiana o de un réquiem apologético de lo aciago y marchito¹

I

“Quien nace mortal, camina hacia la muerte”

Es difícil
sacar noticias de un poema
pero los hombres todos los días
mueren miserablemente
por no tener aquello que
tienen
los poemas
William Carlos Williams

Desde el 2650 antes de Cristo, el quinto rey de Uruk, en la cuna de la civilización de nuestra humanidad, ejemplificó la intranquilidad o desasosiego que nos embarga ante nuestro forzoso duelo por aceptar la hecatombe de la existencia humana.

El rey héroe Gilgamesh —nos dice el hermoso poema épico— busca

al sabio Utnapishtim, el único hombre que había alcanzado la inmortalidad junto con su esposa. Gilgamesh atravesará diversos países, montes abruptos, buscará una planta que devuelve la juventud (más no la vida o juventud eterna) para que posteriormente, al tomar un baño, una serpiente se la robe y así regrese a su reino para finalmente morir.

1 Fragmentos tomados del libro *Poética de obsidiana o de un réquiem apologético de lo aciago y lo marchito: aproximaciones a la poesía de Fabián Guerrero Obando* (Instituto Nacional Descentralizado de traducción e investigación literaria, 2018).

El héroe representa la figura de un personaje que ha iniciado un camino y a través de su recorrido, aprende que el verdadero quid de la vida no es alcanzar la inmortalidad—don exclusivo de los dioses— sino entender que no estamos solos en el mundo, que para crecer y superarnos a nosotros mismos debemos “caminar junto a otros” en los que podamos vernos complementados, reflejados y sobre todo: contrariados, pues sólo así se amplían los significados y se llega del conocimiento, a la sabiduría.

Es en el t-i-e-m-p-o donde el despojo cadavérico hecho polvo, se eleva y vuelve a cantar. Todo agoniza para que todo vuelva a originarse, todo muere para que todo renazca por principio de orden que ejecuta aquella que se hace sentir en todos los momentos de la vida: la muerte.

Fabián Guerrero Obando (Quito, 1959) es un pintor de palabras que —bajo el reino de Nix (la noche) y guarecido por la sombra de los hermanos Tánatos e Hipnos— solemne y oficioso de su advenimiento, registra en la bitácora de

sus días las estupefacciones que causan la agonía o la enfermedad o toda expresión que haga ante-sala de la muerte, como a Lorca, quien manifestaba que, dado que no le preocupó nacer, tampoco le preocupaba morir, no lo angustia la muerte pero sí le ocasiona un extático aturdimiento.

Su estética ante el mundo, su pasión no disimulada por lo que las colectividades de la democracia poética y sus infinitas buenas conciencias juzgan por obsceno, lo hacen una rara avis no sólo en la literatura del Ecuador, sino en el Parnaso actual latinoamericano y ahí radican varios de sus valores. Afortunadamente la sociología nos enseña que los gustos literarios también están fundados en las morales conservadoras de la época y la historia de la literatura demuestra que demasiados talentos no fueron comprendidos en vida por los atavismos oligofrénicos de aquellos que no aprecian la belleza del abanico completo, son “muchos” a los que Comte refería cuando aseveraba que “la humanidad está compuesta por muchos más muertos que vivos”.

II

Los portentos del Ornitorrinco o de su obsesión por la catástrofe de los minutos

El dolor es la sustancia de la vida y la raíz de la personalidad,
pues sólo sufriendo se es persona
Miguel de Unamuno

La muerte es el más alto premio de la vida
Jhon Keats

79

Robert K. Kessler, siquiatra del FBI, máxima autoridad en psicología forense de su tiempo, entrevistó a Jeffrey Dahmer en 1991, Dahmer fue posiblemente uno de los asesinos seriales más famosos del mundo, responsable de asesinar a diecisiete personas con características que incluían la necrofilia, el descuartizamiento, la antropofagia, la trepanación, la experimentación y un procedimiento para transformar a las personas en zombis. Kessler concluyó en su hallazgos que las personas como Dahmer plantean un dilema a la sociedad porque no ha desarrollado un modo adecuado de tratarlas, “centrarse

en conceptos como el bien y el mal no es ni una aproximación siquiera a la compleja realidad de lo que hizo Dahmer”, a finales del s. XX el siquiatra concluía que los rasgos de personalidad y sus problemas aún no se incluían en el DSM-II (*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* publicado por la *American Psychiatric Association*) y que estos, tal vez se podrían incluir en una sexta o séptima edición hasta bien entrado el siglo XXI.

Las reacciones ante la poesía de Guerrero Obando son muchas. Y para apreciar su valor deberemos quitarnos la mirada polarizada de

Guerrero Obando: Una poética de obsidiana o de un réquiem apolagético...

que sólo lo bueno o lo malo existe. Los modelos psicológicos que residen del inconsciente colectivo en su poesía son los de la sombras.

Una poesía que decanta lo mejor de la Europa dieciochesca basada en el frenesí de la alucinación y el delirio, era dorada del relato siniestro, pero aquí los espejismos no vienen de lo sobrenatural y oculto, de ese mundo caótico que yace en algún lado, sino de la realidad nuestra.

La poesía de Fabián es una metáfora para que nos quede bien claro que somos un costal de moléculas que han de corromperse, enfermarse y morir. Es una gestación de una sensibilidad descarnada, en ese sentido es de avanzada su propuesta estética, pues crispa la mirada y nos aleja de los sentimientos que son apreciados como positivos. No es la sensiblería fútil e idealizada, no, aquí palpita el lúgubre microcosmos del dolor, que va en contra del *establishment* de la poesía tradicional llena de asepsia, que aspira a las virtudes de "armonía, orden y equilibrio".

sia, que aspira a las virtudes de "armonía, orden y equilibrio".

Aquí el poeta llega con sus violentos claroscuros, a poetizar los rincones umbríos del ser humano en sus dramas más violentos.

Los verdaderos lectores no olvidan que en el siglo XIX los poetas románticos nos enseñaron el placer de las emociones vistas como "negativas" o del poder de los estados seudo depresivos; por ejemplo, la melancolía o la nostalgia.

Pero qué hacer con esas enfermedades del alma que como bien sabía Cicerón "son más perniciosas que las del cuerpo"? Los pacientes psicósomáticos gozan de su cuerpo a través de la enfermedad? Desde el psicoanálisis nos encontramos con la paradoja que nos plantea que en el sufrimiento hay un goce y enfermar es una manera particular de gozar del cuerpo, no gozando del síntoma, sino de otra cosa que se goza a través del sín-

toma neurótico o fisiológico o en el fenómeno psicossomático.

Una terapia psicoanalítica incidiría precisamente en la transformación de la manera de gozar del sujeto, permitiendo otro goce en lugar del mediado por la enfermedad. Guerrero Obando sabe, como atento lector de Dostoievski que “en nuestro planeta sólo aprendemos

a amar sufriendo a través del dolor”, sabe que el trabajo es el mejor médico del dolor y sabe con certeza obstinada de la posibilidad terapéutica del arte.

Cree como Dante que, quien sabe de dolor, todo lo sabe, pues el dolor también acompaña al amor, es parte de su ser, sin dolores profundos no hay obras bellas.

III

De la patria del poeta o de la infancia
 que siempre nos deja su ardiente herida

No son las grandes desgracias
 las que debemos temer en la vida, sino las pequeñas.
 Más temo a los piquetes de aguja,
 que a los sablazos.
Gustave Flaubert

El ser humano no es más que respiración y sombra
Sófocles

El conjunto de la obra poética de Fabián Guerrero Obando se cimenta en razones cruciales de su infancia que fundan su vigorosa existencia y contemplación ante el mundo. Su originalidad es sustento clave para comprender su valor artístico. Afirmo que es uno de los poetas más libres que conozco porque de ningún modo ha valorado más a la comodidad que la búsqueda y expresión de su verdad.

Guerrero Obando nació en Quito y el momento más alto en su vida o experiencia trascendente que re-

cuerda, es el acto de aprender a leer en una humilde escuelita fiscal del Barrio de San Juan, así la lectura se volvió la maravilla de su vida.

Y a paso veloz seguía el trajinar de su madre, haciendo una lectura fragmentaria de anuncios y papeles, frenaba la caminata rápida de su madre y él trataba de darle orden o cierto sentido a lo que leía. Guerrero Obando tenía esa tendencia como Cervantes, de recuperar papeles en todos lados, para leerlos y darles o buscarles cierta

coherencia, incluso en la basura y dentro de un tarro, encontró un día un cuento sucio de Hans Christian Andersen, se titulaba “Bajo el sauce”, este cuento que narra la historia de dos niños en un pueblito de Dinamarca, ambos son vecinos y comparten los recreos en el jardín. Knud y Juana amaban jugar bajo el viejo sauce, el niño se enamora de la niña, tal como la gente de Kjöge, adoraba su voz dulce cuando cantaba. Pero un día la madre de la niña muere y el padre decide irse a Copenhague. Los niños se despiden entre llantos. Knud se queda y al pasar los años, cuando ya tenía 19 años y había sido ascendido a oficial zapatero, justo un día lluvioso de otoño, decide emprender el camino hacia la capital. La chica ya era una promesa del canto pero al recibirlo, lo



trata como su hermano y le informa que debe ir a Francia para triunfar en su carrera. Él desolado por el desaire, pues había fantaseado enormidades en un matrimonio con ella. Desértico, deambula y se aleja de todo lugar que le recuerde o tenga sauces, cargando en silencio su pena en el fondo de su alma. Un día uno de sus amos lo llevó a la ópera y la estrella resultó ser la misma Juana, pero cuando Knud la topó, ella ya no lo reconoció y estaba ya comprometida. Knud vagó queriendo regresar a ese sauce de su infancia. Lleno del cansancio por días de caminata, de pronto, se sentó donde un sauce parecía abrazarlo, y tuvo entonces un sueño donde vivía el amor con su amada. Al despertar se encontró sentado al pie de un

viejo sauce en una tierra extraña, cuando anochecía un duro invierno; una fuerte granizada caía de las nubes y le azotaba el rostro. En la madrugada cuando comenzó a nevar y el viento arrastraba la nieve por encima del dormido muchacho, pidió volver a soñar ese idilio. Más tarde los vecinos de la zona lo encontraron ahí sentado, helado, muerto por el frío.

Desde los ocho años Fabián Guerrero Obando sabe que “los problemas de la vida nadie los puede negar, ni siquiera los “tales finales felices”. Ese contacto con la muerte, mediado por la literatura, fue simultáneamente, un contacto con la vida.

Otro día, el pequeño Fabián, miraba desde abajo, en el patio común, cómo un trabajador retiraba las tejas de otro departamento. Montado sobre una escalera, el trabajador aventaba las tejas hacia atrás, por su es-

palda. Repentinamente, una de esas tejas, cercenó a un pajarito que jugaba por el patio, el niño al observar que el pajarito hundió su pico y que su escasa sangre mojó la tierra, corrió hacia él, lo metió dentro de su pecho en la pretensión de curarlo, marchó a su casa pero le fue imposible salvarlo. Se quedó encerrado debajo de su cama manchado de sangre sin entender qué había pasado.

Estos hitos en su infancia han signado no sólo la poesía de Fabián, sino su propio carácter y su relación o perspectiva ante la vida. La proyección de su escritura comenzó desde la infancia, después tres serán las figuras tutelares que lo acompañaran en su juventud: el fulgor de Whitman —como seducción de un opuesto luminoso—, la indagación y profundización psicológica con Dostoievski y el conflicto existencial, preñado de silencio, soledad y ese dolor que cala los huesos de Vallejo.

IV

Alma de obsidiana, sombría y hadesiana

El hombre es un animal que puede sentir nostalgia,
echar de menos aún su muerte,
que vive y experimenta en formas muy misteriosas

Xavier Villaurrutia

La fidelidad a su llamando interno, esto es, a sus temas, a lo que sus entrañas necesitan expresar es una verdad noble en la literatura de Fabián Guerrero Obando. El poeta que no tiene algo que expresar, que de verdad brote de su interior, mejor debería guardar silencio.

La sustancia de su inspiración poética puede resultar obscena o grotesca donde los temas tabú, como lo fueron en siglos pasados el hablar del acto de peer o de obrar de los reyes, pero aquí lo grotesco es como acotó Schelegel: “la forma originaria de la fantasía”, una idealización de lo real que deviene de la observación contrita de

los últimos días. Sin exageraciones, sin aires cómicos, sólo lo real monstruoso, la brutal realidad, con sus deformidades y llagas, con sus pústulas fétidas, sin exageraciones, captados por ese corazón de terciopelo negro, en recuadros rodeados con pus y que por causarnos incomodidad, parecieran escabrosas.

Cuando en la acritud postrera de ser sólo “pellejos”, con enfermedades encima y nos extinguimos guarecidos con una bata de hospital y yacemos humillados, casi desnudos, sin ego, derribada está nuestra supuesta identidad que habíamos construido en vida —y más si el buen vestido elevó la va-

Guerrero Obando: Una poética de obsidiana o de un réquiem apolagético...

nidad—, así la poesía de Guerrero Obando es una invitación a renunciar a lo superfluo y lo ornamental, es un emisario de Plutón que nos hace enfrentarnos a nuestras heridas primeras, a lo más doloroso de nuestra existencia. Sus poemas son sombras desdobladas en dolores desmedidos, en odios no reconocidos y voracidades sin límites. Así nos plantea el dilema de cambiar o seguir muerto en vida.

Sin enfrentar el origen de nuestros males no existe la posibilidad de experimentar el sentido de unidad, sólo en ese enfrentamiento se puede transmutar y reintegrar el

material de nuestra psiquis, sólo así se logra el renacimiento.

Fabián es un heterodoxo por convicción. No es un poeta solar, ni lunar, es un poeta plutoniano o hadesiano, que como Caronte o

Cancerbero transita por paisajes subterráneos o infernales sin titubeos.

La emotividad no convencional de Guerrero Obando, no es la que prefiere la sociedad mercantil o los poetas que escriben desde su zona de confort (nulo riesgo) y sin el mínimo deseo de quebrantar el statu quo se suman al engranaje de lo socialmente aprobado.

así la poesía de Guerrero Obando es una invitación a renunciar a lo superfluo y lo ornamental, es un emisario de Plutón que nos hace enfrentarnos a nuestras heridas primeras, a lo más doloroso de nuestra existencia

V

“Que la gente se calle tan pronto deje de sentir”

El hombre, soñador sin remedio
al sentirse cada día más descontento de su sino,
examina con dolor los objetos

André Bretón

Este poemario –publicado en 2003– es como el tormento de un navío que se ha emponzoñado bajo la desolación que convoca el vuelo de un cuervo. El duelo de la existencia que se columpia ansioso, es nuestra única certeza vital: somos finitos, desde que nacimos, existe una relojería perfecta que cuenta los latidos que nos quedan ¿Será cierto que sólo “con el amor de la pareja” el devenir de los días o el transcurrir del “tiempo” sea menos implacable en su cometido de transformarlo todo?

Esta poética del quebranto o el detrimento de la luz que puede ser el amor pleno o la salud, o sentimientos que neciamente identificamos

como superiores, no debe cegarnos ante la belleza que existe en el deterioro de lo humano, porque la circunstancia humana no es solamente el idilio amoroso o el esplendor de los músculos firmes en la lozana y transitoria juventud.

El poeta buscará lo que le asombra, por eso pareciera retornar, pues en este poemario deja ver los temas que obsesionarán al aeda. *El viaje* ya vociferaba en un lacinismo logrado el inexorable éxodo hacia la miseria y el desamparo de los días, la insensata búsqueda por asir significados. Si existe algo concreto y plástico que remite de inmediato a la poesía de *El viaje* de Fabián Guerrero Obando, es la famosa pintura *El grito* de Edvard

Guerrero Obando: Una poética de obsidiana o de un réquiem apolagético...

Munch, pues representa de la misma forma esa zozobra y tormento emocional.

Poemas ágiles, expresivos e impregnados de un particular aroma fatal. Su *corpus* poético huye de la lírica tradicional, no es una lira generando imágenes suaves de amor y sentimientos nobles. La lírica de Fabián es una guitarra eléctrica transmitiendo una música estridente que aturde, sangra los oídos y hace pulular los gusanos de la verdad en el tímpano.

Por esto, la intención del viaje aquí, es otro. Pues son poemas-cortes transversales de la piel ulcerada del tiempo, una piel que no cicatriza y pareciera fermentarse; un ácido corrosivo que a través de la pregunta retórica deambula y naufraga en la búsqueda de cierta comprensión existencial.

Imágenes desapacibles, punzantes, donde lo nauseabundo permea. La adjetivación y las

imágenes poco ortodoxas, así como las irrupciones rítmicas entre poema y poema es algo que destaca y acentúa la creación poética de Guerrero Obando, pero a la vez, el conjunto de estrofas y su disposición, parecieran formar un gran poema.

Inmersión en un yo sombrío donde se muestra tánatos y sus fantasmas, dando por resultado una desgarradora muestra de expresión vital. Poesía moderna que nos recuerda, por su anti-conveccionalismo, a los poetas surrealistas, a la Generación Beat de los cincuenta. Seguro que la poesía y la prosa de Jack Kerouac y Burroughs deben generar muchas resonancias en Fabián.

Siente y habita en la hiper modernidad causándonos como el buen arte, silencios, confrontación interna, choque en un mundo post-moderno que convulsiona para encontrar esa "existencia que está en otra parte".



VI
A todos en algún momento deberá
de azotarnos la desgracia
Los pedazos o cascajos de un cuerpo fragmentado
por sus dolores y enfermedades
porque al final no podemos evitar
el ser una manada de polvo guarecido
en una acequia.



La sesuda reflexión de Guerrero Obando lo traza con un estilo

grave y la logopea predomina. En cada uno de sus libros podemos ver que nuestro aeda es ante todo un poeta visual. Privilegia este sentido por encima de los otros.

El acto poético aquí se vuelve una conquista de esclarecimientos, una desfragmentación en que cada poema está unido por el gozne del vacío enmarcado por el dolor, sensación que nos recuerda que seguimos vivos. Como agonía atroz de la impotencia y la injusticia expresada en el dolor del cuerpo del otro.

El símbolo de la rata como destrucción o como concepto de la-

trocinio, sabotaje y avaricia, a final de cuentas de miseria, que entra por el rostro. Porque la rata logrará sobrevivir gracias a su cruel avidez, que la hace incapaz de comoverse ante nada que no sea su propia necesidad.

En *Las partes* están las tribulaciones más feroces donde el cuerpo enfermo del otro causa remembranzas que se alternan como punzada tras punzada para resonar en cada cavidad de nuestro cuerpo, lo que nuestra mortalidad pasajera en exabruptos de vanidad diaria, la mayoría de las veces olvida, porque uno es el otro y el otro somos todos, pues cualquier emoción o pasión, venga de donde venga es parte de la condición humana y por lo tanto debería no sernos ajena.

así la poesía de Guerrero Obando es una invitación a renunciar a lo superfluo y lo ornamental, es un emisario de Plutón que nos hace enfrentarnos a nuestras heridas primeras, a lo más doloroso de nuestra existencia

Al hacer imágenes con esos matemáticos puñados de palabras se desdibujó él mismo, sus apuntes le permiten interactuar con el entorno y organizarlo según una variedad de sensaciones, emociones, ensueños y dudas. Estos cuadros dicen mucho de quién es y de la subjetividad que ha construido, su sensibilidad como individuo, Heidegger nos enseñó el poder, el estado de ánimo (posibilidades existenciaris del encontrarse), el abrir la existencia, puede venir a ser meta peculiar del habla poética. Así el "ser-ahí", el hombre es siempre un estado de ánimo. Este sujeto de la enunciación, se resiste a hacer diariamente lo que los demás esperan, lo que "uno" hace. Hacer eso sería despeñarse en una vida inauténtica. El lugar en nuestro mundo está dictado por el modo en que lo sentimos y lo vemos.

VII

El desconsuelo estoico



Yo soy el tenebroso, el viudo, el desdichado...

Bernard de Nerval

Y tuve que cortarme la lengua en la raíz
para librarme de la lepra.

Gonzalo Rojas

degollaron la tórtola la asaron la comieron
y comprobaron con cristiano horror
que los miraba desde el plato
con el recuerdo de sus ojos

Juan Gelman

En *Zanja*, surge de nuevo la cavilación y el ensimismamiento por el inapelable paso de los días, pero cuidado, porque no todos los corazones están listos para ver esa otra realidad a la que la mayoría huye.

En esta poesía grave, el silencio pesa, embarga con la misma fuerza que la desolación olorosa de todo organismo vivo en estado de putrefacción.

Zanja es una joya que se gesta con esencias no convencionales. No es para lectores que prefieren comprar un bodegón para la co-

cina de su casa, *Zanja* es para los que se recrean en Goethe o Wolfgang Grasse.

En esa alma repleta de incisiones los temas tabús regresan, como “palomas defecando en el templo muerto” donde voces polvorientas y ruidos sucios enmarcan el reposo de un sordo álamo blanco que trae muerte.

Momentos donde los vasos sanguíneos mueren y la sangre es el límite y las sinapsis, rompen en el juego amoroso de la sangre o de hombres que cabecean sobre una

almohada y que estando solos con la noche a pedazos se deshacen, o se hacen uno con sus tumores o fibromas.

Zanja es sufrimiento sempiterno, con la delicada asimilación de los maestros Baudelaire y T. S. Eliot. El tenebrismo de Guerrero Obando, que nos lleva a las decadencias humanas con sus descomunales ocasos harán a muchos amar los crepúsculos.

Los trozos de existencia vital última o en sus fases menos óptimas, en este camino de resistir que es la vida o el mismo oficio de poeta, es captado con una sensibilidad híper realista.

Aquí es el “me duele o sufro, luego constato que estoy vivo;” el ejercicio de la soledad pesa como lastre pero el bardo sabe que esta es la

aquiescencia del poeta y la ama al mismo tiempo.

Las horas nocturnas, la noche que pareciera no acabar igual que sus propios dolores. El ser que aguanta y resiste los embates del ser. *Zanja* lagrimea los ramalazos de un malestar que se sublima, la condensación visual del pesimismo y el desamparo que hacen antecámara a la muerte cuando las tinieblas se aproximan con su funesta desilusión.

Aquí no hay anhelos risueños ni entusiastas sino un desconsuelo que se vuelve estoico en lugar de vivir en la preocupación. Los críticos sosos y lectores superficiales imbuidos en moralina decimonónica no comprenderán su perspectiva, pretenderán juzgarlo con el atavismo ramplón maniqueísta de “lo oscuro es malo”.

Los trozos
de existencia vital
última o en sus fases
menos óptimas,
en este camino de resistir
que es la vida
o el mismo oficio de poeta,
es captado
con una sensibilidad
híper realista.

VIII
Los pájaros tortuosos o de los días grises
que son como el curso
de una ola lúgubre que retrocede

Y no podré ofrecerte ayuda aunque la pidas
pues ni yo tengo cura para mi enfermedad
Propercio

En *La víspera nos enfrentamos* a lo que el autor refiere como su mejor libro. En *La víspera* cierra una zaga, que comenzó con *El Viaje*, siguió en *Las partes* y continuó en *Zanja*.

En este libro de poesía pareciera iniciar con un pesimismo vital, los hospitales y la enfermedad son el pretexto ahora, ambos retratados en viñetas crudas que no apelan al sentimentalismo burgués.

Hay un raptó de desesperación, imágenes desquiciantes que nos recuerdan que las llamas del infierno también arden en el interior y exterior de las personas, el infierno está aquí y son de diferentes profundidades los abismos de cada ser humano.

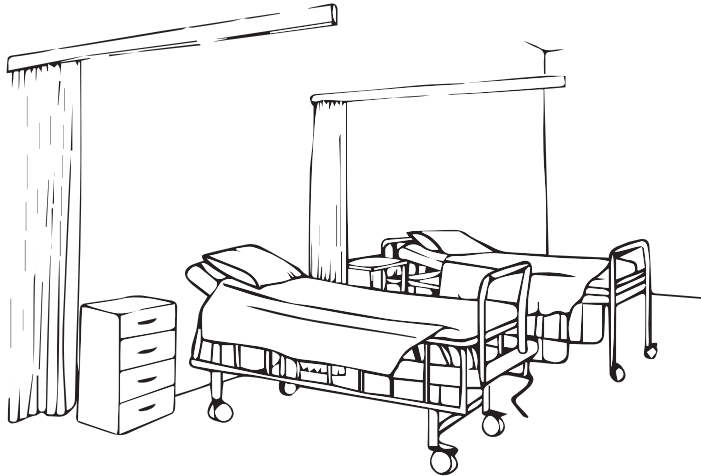
El suplicio o sufrimiento, el dolor físico o moral de gran intensidad es un estado que alcanza la escritura frenética de Guerrero Obando, esta especie de suertes adversas o infortunios que registra, con sus gestos labiales que expresan enfado, momentos nefastos, momentos ásperos con púas y espinas, curvas angulosas, agobio, desconsuelo, enfermos dolientes, abatidos por sus agonizantes infecciones o heridas.

Nosocomios que parecen más morgues impregnados de los recuerdos de un corazón que se derrumba de olvido donde el hospital se personifica continuamente, incluso puede ser aquí “un enorme y obsesivo pellejo” donde la noche se pasea “en medio de un

par de guantes quirúrgicos” entre la agonía de los pacientes y sus corazones deshechos, de sus putrefacciones, sus costras y sedimentos, sus miradas convalecientes, cuerpos en su menguado esplendor, con sus cavidades que también guardan la ruindad, la mezquindad y la vanidad de cada uno de sus actos. Toxinas que se liberan en respiraciones agudas, dentro de paredes frías que languidecen y parecieran también necrosarse, hundidos en un silencio desconsolado o de la brutalidad de una sierra que se quiebra contra una cabeza. Así la enfermedad se arrastra por doquier y la melancolía es una bruma emboscada por

el vaho lechoso de la desesperación cuando el ojo rumoroso del enfermo se enceniza.

Desde el psicoanálisis, sabemos que el súper yo, es capaz de somatizar enfermedades, por eso el poeta dice enfático “estar sano es sentirse culpable / y cubrimos con el índice ese eclipse que la enfermedad / vuelve a abrir”. Así el hombre en su ruina vuelve a balbucear, herida tras herida, pacientes castrados, goteares algodanosos sobre la lengua, pues “todo, por debajo, se incrusta / por debajo de todo jirón de vida que revienta” para llegar finalmente a esa terrible conciencia de que el tiempo propio, se está acabando.



Pero también hay “manos secas y retorcidas que acuden”, porque “perseveramos en nuestra deshonra” aunque los gemidos de gente enferma parezcan signo de mal agüero. Y así llegamos a esa edad que “implica forzar la carne, los huesos; /La pérdida de las sirenas inventadas por él mismo / Una estridente disonancia en los miembros inferiores”. Al final sólo “dejemos que vuelen las hojas del calendario / en la habitación del enfermo”.

Imágenes donde la realidad del hospital se puede apreciar a través de sus objetos, donde el corazón,

que manifiesta el centro de la vida y el lugar destinado a sus afectos y sus deseos, es un protagonista importante, así como cualquier órgano que tenga cavidades.

Los corazones se desguazan en esta poesía bajo maldiciones epilogales, como en aquel cuento de Katherrine Mansfield “Vida de Ma Parker”, que subyuga y da vueltas en la cabeza de Fabián donde su protagonista, a manera de anagnóresis, en las altas horas de la noche, bajo una intensa lluvia, busca con desesperación única-mente, sólo un lugar para solazarse llorando.

IX

Epílogo:

“La literatura no sirve para nada, excepto para vivir”

No hay nada más adecuado con los fines del universo que el dolor;
jamás un día que se sufre es un día perdido

Amado Nervo

La melancolía fue pariente de la muerte

Miguel de Cervantes S.

Guerrero Obando escribe por muchas cosas: “para que no ocurran algunas o para que esas cosas que se desean pasen; para convocar a lo perdido que no hay forma de recuperar o incluso por una esperanza o contra toda esperanza, aunque lo uno o lo otro no suceda”. A final de cuentas la poesía sólo sirve para vivir, eso sí, “todo lo digno que sea posible”.

El difícil oficio de vivir, el más bello y terrible. Para Guerrero Obando por supuesto, pesa más la terribilidad y es un tenaz decantador del *súmmum* del dolor, bajo las altas horas de la noche, su dolor ha sido también estímulo. Dolor que se ha transformado en creación cuando

la melancolía cede y la tristeza amaina.

El vínculo entre sufrimiento y arte, enfermedad y creación, o entre creatividad y las oscilaciones anímicas aquí son ejemplificadas con maestría. Y los sentimientos de terror y compasión que los lectores experimentamos ante lo creado, producen igual una purificación de nuestras pasiones (catarsis).

Intensidad, precisión y gravedad suponen su acto de escribir. Sus versos fragmentados con toda su honestidad, nos susurran, utilizando el cuerpo como medio, su interminable reflexión: lo único cierto que tenemos los seres humanos es la muerte.

Un profundo conocimiento de la condición humana, tiempo, dolor, vejez, enfermedad, deterioro con un insistente simbolismo de las oquedades del cuerpo humano. Un poeta que enfrenta a nuestra compañera de viaje (la muerte) con todo respeto y entereza, compartiéndonos así el horror de la tragedia de la vida que muchos poetas se niegan no sólo a ver, sino a poetizar.

Su poesía se aleja del drama egregio y heroico de la literatura grecolatina, para contradecir a Aristóteles y mostrarnos que las tragedias y vicisitudes del destino que se ha forjado cada hombre, también los hay quienes las superan con decoro y valentía y que no sólo los individuos egregios (héroes, figuras míticas) son dignos de ellas.

El drama de su poesía nos sitúa con frecuencia a lo que Voltaire acuñó como “dilemas cornelianos”, —expresión que, a propósito de las obras de teatro de Corneille— donde las opciones presentadas

ante situaciones de conflicto constituyen a su vez un conflicto. Así, el yo poético nos hace sentirnos sitiados en una encrucijada porque elija lo que elija, entre dos opciones, se va a perder algo. Las decisiones que aunque aparentemente benefician, acabarán también perjudicándonos. Tal como

a Corneille, quien gustaba de enfrentar a sus héroes a situaciones inextricables, la poesía meditabunda de Fabián Guerrero Obando nos hace ver que todos tenemos algo que perder a pesar de salir vencedores.

Bajo el matiz psicológico del dolor y la enfermedad, Guerrero Obando es un profundo conocedor del lado oscuro del corazón —y no olvidemos que incluso el odio, el rencor, la envidia y la lujuria, cupieron en la *Ilíada* de Homero—.

El silencio navega en la nebulosidad de su penumbra y que no espanten las sombras a los luminosos y que recuerden todos ellos que un “rompimiento de glo-

Un poeta que enfrenta a nuestra compañera de viaje (la muerte) con todo respeto y entereza, compartiéndonos así el horror de la tragedia de la vida que muchos poetas se niegan no sólo a ver, sino a poetizar.

ria” del Greco o Tiziano sin sombras y oscuridad, no son nada.

Es pues un lúcido mutismo, que por el yo poético corrosivo de su verdad, de su fidelidad con sus temas por expresar esa parte gris de la naturaleza humana. Versos que escaldan los nervios conmoviendo en la eterna búsqueda de las verdades de lo extraño.

Sus poemas son “vejiguillas que a fuerza de su realismo nos encaullece el corazón” para no sólo registrar “la embotellada música de la felicidad”. Con sus altísimas aflicciones que hacen resonancia en la voz del poeta, pues nadie que no hubiera experimentado dolores de esta magnitud podría recrearlos con esta lucidez. Guerrero Obando navega en el confin esquivo de la muerte y el dolor, como camino que construye sentido a su existencia.

Ya desde la postración, ya desde el abatimiento físico, en desfallecimiento corporal nos recuerda con voz lacerante que debemos ser humildes y agradecidos por nuestras facultades físicas, gozar de nuestra efímera existencia con plenitud satisfecha.

Poesía que profundiza en el pensamiento, justo cuando la sombra del insomnio ronda asolando todos los libros que lo acompañan. Testimonio de su ser existencial para mostrarnos lo que la cultura pop y el consumismo de la rutina mecanicista de la vida capitalista nos oculta con la fuerza de sus ruidos y estereotipos artificiales.

Con una concisión de burilador y una fanopea lograda, el cuerpo humano es un medio para expresar los estremecimientos que causa la dura fealdad o putrefacción de alguna de nuestras extremidades o tejido cualquiera, y no se trata del esperpento creado por Ramón del Valle-Inclán en el que se deforma sistemáticamente la realidad, recargando sus rasgos grotescos y absurdos, sino de nuestra realidad real.

Su aspecto sórdido que se opone al canon de belleza que las élites miopes se aferran a emancipar, refleja también a una sociedad harta de sí misma o en estado *zombi*, su conocimiento proviene de la sensación (*aisthesis*). Esta es producida por los objetos externos corpóreos, que provocan en el ser

humano una impresión sensorial (*phantasia*) ese sensismo en estado puro le permite retransfigurar en poemas atroces, que no le ocasionan ninguna vergüenza, tal como otros poetas se regodean en el asombro del placer, los árboles o el júbilo de un amanecer.

¡Ay de aquel que no sepa apreciar la belleza que también existe en lo repulsivo! pues lo brusco y lo insípido son también parte de la vida. Realidades bizarras, con cuyo hábil lance gesta su valía. La maquinaria de su ambición es diariamente engrasada por su realismo. Audaz, aunque en el amor sea posesivo. Pero este vate no se extingue en las miasmas de su derrota. Escarbará furiosamente para traer centelleos de la parte más sombría de sí mismo, buscará en la impla-

cable frialdad de su alma obsidiana para despertarnos de los nuevos spleen o nimias angustias vitales que los medios de comunicación pretendan crearnos.

Imbuído en lo que Bécquer denominó “el imperio de su conciencia” (su soledad) escribe sin concesiones para que un mercado acoja mejor o no su obra y busca obsesivamente, los precisos instantes en que está por “condensarse la vida”, su enfermiza necesidad por buscar sentidos y dar coherencia con precisión a sus asombros es la llama reverberante que seguirá alimentando de sombras la “doble zanja de su corazón”.

Alejandro Campos Oliver,
México, Invierno de 2018

* **Alejandro Campos Oliver**, [Cuernavaca, Morelos, 12 de noviembre 1983]. Docente, editor y escritor. Diplomado en Artes Plásticas en el Centro Morelense de las Artes. Ha publicado en diversas revistas, suplementos, periódicos y páginas electrónicas de Latinoamérica y España. Miembro fundador de la Agrupación de Escritores de Cuautla. Nominado al premio nacional de la juventud en el 2005. Promotor cultural y de lectura. Sus textos han sido incluidos en antologías de México, Argentina, Uruguay, Perú, Brasil, Ecuador y Cuba. Mención honorífica en el segundo concurso de poesía del ICE de la Universidad de Morelos. Es coordinador general de las Jornadas Internacionales de Arte y Literatura, en Cuernavaca, México, miembro del Comité Internacional Organizador del Festival Internacional de Revistas de Arte y Literatura y del Encuentro Mundial de Poetas de Perú. Actualmente es becario en el área de poesía del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, forma parte del equipo estatal de capacitación del programa de salas de lectura en Morelos, es Secretario Académico y de Difusión Cultural de la Federación de Estudiantes Universitarios en Morelos período 2003-2006.